

e z e k i e l 36

El regreso de Israel a su propia tierra: Restauración

La idea del capítulo 35 hace una transición hacia el capítulo 36. Ezequiel estaba profetizando a las sierras montañosas, primero al monte de Seir (35.1–2), luego a «los montes de Israel» (36.1). Como se hizo notar en el último capítulo, cualquier esperanza de que Israel volviera a la tierra se haría añicos si los edomitas se encontraban en esta. Una vez anunciado que los edomitas serían quitados (capítulo 35), Ezequiel podía dedicar su atención al futuro de Israel (un tema que comenzó en el capítulo 34). No obstante, a Dios no solo le interesaba el ambiente físico de Israel. La espiritualidad de la nación debía abordarse, pues la tierra estaría otra vez fuera del alcance si el corazón del pueblo no estaba dedicado a Dios. Ezequiel trató con este interés dual como sigue:

1. A Israel se le tranquilizaba nuevamente con que Edom y «las otras naciones» harían frente a la ira del Señor (vers.^{os} 1–7).
2. Ezequiel abordó específicamente la tierra de Israel, prometiendo un futuro de productividad y repoblando las ciudades (vers.^{os} 8–15).
3. A los hijos de Israel se les presentó el desafío de no repetir los pecados pasados que causaron que ellos perdieran su tierra (vers.^{os} 16–21).
4. Se hacen tres aseveraciones acompañadas de un «Así dice Jehová», aseveraciones que prometen un brillante futuro para el pueblo de Dios (vers.^{os} 22–32; 33–36; 37–38).

LOS ENEMIGOS DE ELLA SON JUZGADOS (36.1–7)

[Lea 36.1–3.]

Versículo 1. Del mismo modo que a Ezequiel se le dijo anteriormente que profetizara «contra» el monte de Seir, aquí se le dijo que [profetizara] **a los montes de Israel**. Ya no estaba pronunciando palabras de desastre y destrucción para la tierra de Israel. Ahora Dios tenía un mensaje de esperanza para Su pueblo.

Versículo 2. El **enemigo** de la tierra de Dios había dicho de esta: «¡Ea! **también las alturas eternas nos han sido dadas por heredad**». Al ser sacados los israelitas de la tierra (cuando fueron exiliados en Babilonia), los edomitas se habían regocijado de que por fin la tierra de Canaán podía llegar a ser de ellos. ¿Por qué le llamaban a esta «las alturas eternas»? Una posibilidad es que se estaban refiriendo a los lugares altos idólatras, que ellos podían usar para adorar a sus dioses para siempre. A los edomitas les gustaban los lugares altos, y los que estaban en Israel eran sitios deseables. Una segunda posibilidad es que con estas palabras se estaban burlando de los israelitas, que se habían jactado de que esta tierra era de ellos por la eternidad. A modo de burla, los enemigos estaban diciendo: «¡La tierra eterna de ellos, ha llegado a ser *nuestra* ahora!».

Versículo 3. La NASB traduce la primera parte por la expresión por una buena razón,¹ lo cual es

¹ N. del T.: En la Reina-Valera se lee Por cuanto.

indicio de que, en las mentes de los enemigos de Israel, ellos tenían causa justa para aborrecer a Israel y para procurar su destrucción. En otras traducciones esta parte se traduce sencillamente de modo que indica que las naciones habían resuelto destruir a Israel. (Por ejemplo, en la RSV se lee: «Debido, sin duda, debido a que ellos te han asolado, y aplastado por todos lados...».) Estas naciones realizaron acciones para causar la desolación del pueblo de Dios. Ellos deseaban ver a Israel aplastada y su tierra poseída por naciones agresivas. Además, Israel llegó a ser tema favorito de las naciones y **el oprobio de los pueblos**. La palabra «tema» en realidad se traduce de la frase «el labio de la lengua». Se refiere a los labios del calumniador, del que se burlaba y ridiculizaba a Israel, cumpliendo el anuncio de Dios que se recoge en Deuteronomio 28.37: «Y serás motivo de horror, y servirás de refrán y de burla a todos los pueblos a los cuales te llevará Jehová».

[Lea 36.4–7.]

Versículo 4. Dios pidió que se prestara total atención a seis áreas específicas de la tierra: **montes, collados, arroyos, valles, ruinas, asolamientos, y ciudades**. A estas áreas se les presenta sufriendo cuando las naciones hicieran sus burlas, como si fueran seres animados y capaces de oír los insultos. Dios deseaba que oyeran lo que Él tenía que decir en cuanto al futuro de ellas.

Versículo 5. Las burlas y protestas hechas por las naciones habían provocado el intenso **celo** de Dios. Estas palabras de burla enojaron a Dios hasta ponerlo a actuar. Puso la mirada específicamente en **Edom**, el tema del capítulo 35, y en «las demás naciones» (vea vers.º 3) que se **disputaron** la tierra de Dios (**mi tierra**) para sí mismas. Robar es pecado, pero tratar de tomar algo del Señor es necesidad. Las naciones habían reaccionado «con alegría, de todo corazón» a la oportunidad de tomar la Tierra Prometida (vea 35.15). Este había sido el sueño de ellas. Junto con la emoción de poseer la tierra, ellos expresaron su **enconamiento de ánimo**, esto es, su desprecio de Israel. Este odio constituyó la motivación de ellos para expulsar a Israel de la tierra y hacerla **presa suya**.

Versículo 6. Al insultar a Israel, las naciones estaban ofendiendo a Dios. Debido a que la tierra había **llevado el oprobio de las naciones**, Dios hablaría a ellas motivado por su **celo** y su **furor**. Tal situación no sería agradable para estas naciones. Encontrarse de frente con la ira de Dios es fórmula segura para el desastre.

Versículo 7. Dios hizo juramento solemne en

el sentido de que aquello que las naciones le deseaban a Israel, más bien vendría sobre ellas. Ellas saborearían el sufrimiento que le deseaban a Israel y llevarían sus propios insultos. Lo que sucedía a Israel era tan solo por un tiempo; el desastre de estas naciones impías duraría toda la eternidad.

DIOS PROMETE BENDECIR LA TIERRA (36.8–15)

[Lea 36.8–11.]

Versículos 8–9. Nuevamente se habla a los **montes de Israel** (vers.º 8). La productividad que las naciones se habían propuesto para sí mismas en la tierra de Israel, no había de realizarse. Ellas no estarían vivas para usurpar la tierra; antes, Dios mandó que la tierra comenzara su incremento productivo a favor de Israel, [Su] **pueblo**. Esto se expresa en terminología que podría describir a una anfitriona que se prepara para la llegada de invitados que **cerca están para venir**. De hecho, en unos cuarenta años, los exiliados serían liberados para habitar la tierra una vez más. (Cuarenta años es el tiempo que Ezequiel se había acostado sobre su costado derecho, al llevar de modo figurado la iniquidad de Judá; vea 4.6.) Esta maravillosa promesa se dio porque ahora Dios estaba a favor de Israel. Él dijo: «**Porque he aquí, yo estoy por vosotros**» (vers.º 9). Esto contrasta marcadamente con lo expresado en 21.3, donde Dios dijo a la tierra de Israel: «He aquí que yo estoy contra ti». Ahora que ella había soportado su castigo, Dios sería compasivo y perdonador para con ella.

Versículos 10–11. Las **ciudades** desiertas (vers.º 10) volverían a estar otra vez animadas por las multitudes; los lugares destruidos (tales como haciendas y viñas) habían de ser **edificados**. Se nos presenta un cuadro de una nación que vuelve a la vida, un prelude del capítulo 37. Además, Dios estaba demostrando cómo el sueño que los enemigos tenían para Judá, llegaría a ser pesadilla para ellos. Desearon que Israel quedara desolada, pero más bien sería su propia tierra la que quedaría desolada (vea vers.º 3; 35.3). Desearon eliminar a los habitantes de Judá, pero ahora sus propias ciudades quedarían desiertas (vea 35.9). Desearon apropiarse de la tierra de Israel, pero ahora serían ellos mismos los que sufrirían expropiación (vea vers.º 12; 35.10). Volverían los días gloriosos de Israel, cuando la nación era fuerte y próspera. Dios planeaba restaurar la nación como solía ser **antiguamente** (vers.º 11). De hecho, superaría este estado: Haría que la situación de ellos fuera mejor

de lo que había sido antes del exilio. Dios prometió [multiplicar] **sobre [ellos] hombres y ganado**; la creciente población usaría bestias de carga para viajar y para la agricultura.

[Lea 36.12–15.]

Versículos 12–14. De hecho, se volvería a caminar sobre los montes de Israel, pero no serían los pies de extranjeros los que andarían sobre ellos, sino los del pueblo de Dios, esto es, de [Su] **pueblo Israel**, que además los poseerían. También, en una frase difícil de interpretar con certeza, Dios declaró que los montes ya **no [devorarían] más hombres ni [matarían] a los hijos de [la] nación** (vers.º 14). Posibles interpretaciones para esta aseveración, incluyen las siguientes:

1. Por causa del pecado, Dios había enviado hambrunas y sequía, causando las muertes de hombres, mujeres y niños por medio de hacerlos morir de hambre.
2. En los montes llenos de densos bosques a menudo se perdían vidas; tal vez muchos caían como víctimas de las fieras salvajes.
3. El país perdía muchos habitantes cuando una nación tras otra quería hacer suya la tierra, para luego desaparecer en la historia. Los espías israelitas habían descrito a Canaán como «tierra que traga a sus moradores» (Números 13.32).
4. La tierra, por la voluntad de Dios, respondió en venganza para con los habitantes que se volvieron a la iniquidad. Fue sobre estos lugares altos que se realizaron los ritos idólatras; fue allí que se sacrificaron niños, y que murieron hombres, cuando Dios hizo que varias naciones purificaran la tierra eliminando a sus habitantes inicuos. (Los Israelitas purificaron la tierra al sacar a los cananeos; los asirios purificaron la tierra al sacar al pueblo de Israel, el reino norteño; y los babilonios la purificaron al sacar al pueblo de Judá.)

Dios se proponía cambiar la disposición de la tierra, haciéndola más hospitalaria para los exiliados que volvían. Ella sería bendición y llegaría a ser abundantemente fructífera antes que seguir siendo lugar de víctimas. La única manera de que esto llegara a ocurrir, era que los habitantes fueran justos, a diferencia de los que habían morado allí anteriormente.

Versículo 15. Cuando Dios concluyó esta sección relacionada con el futuro de la tierra, Él

promulgó tres mandatos:

1. «**Y nunca más te haré oír injuria de naciones**». Las constantes burlas contra Israel quedarían atrás. La mayoría de los burladores desaparecería, y los que vivían, verían vindicada a Israel. Su Dios demostraba ser el verdadero Dios.
2. «... **ni más llevarás denuestos de pueblos**». Como recuerdo de lo sucedido en el huerto del Edén, la tierra sufrió cuando el pecado del hombre hizo que la tierra fuera «maldita». Ahora Dios prometía que la tierra produjera alabanza de Israel por causa de su productividad, y ya no más «denuestos» por causa de su improductividad.
3. «... **ni harás más morir a los hijos de tu nación**». Tal vez esta frase significa que los montes dejarían de tentar a Israel para construir «lugares altos» de idolatría. Una mejor opinión puede ser que, en lugar de ser instrumento de castigo en la mano de Dios (por hambre y fieras salvajes), la tierra ayudaría a estabilizar a la nación y a evitar futuros tropiezos (vea Isaías 63.13; Jeremías 13.16; 18.15).

El análisis de la expresión «tierra» es significativo. Según Taylor, había «una relación inseparable entre un pueblo y los contornos físicos de la tierra donde moraban». Además:

... No necesariamente se da a entender creencia en deidades restringidas a un lugar, aunque el Antiguo Testamento tenía en alta estima los lugares de santuarios donde Dios apareció a los antepasados de ellos, e.g. El Bet-el, el Dios de Bet-el (Génesis 31.13; 35.7). Pero se ha de poner junto a hechos tales como el lugar de Canaán, la tierra prometida, en los pactos abrahámico y mosaico, y la selección de Jerusalén o el monte de Sion como el lugar donde se creía que el Señor moraba especialmente y donde el culto a Este se había de realizar... La autoridad sobre el todo es testimoniada por la subordinación de la parte. De modo que los hebreos consideraban la tierra propiamente dicha, esto es, los montes, los valles, las llanuras y los ríos, como una especie de lote de Dios en el mundo, y su bienestar estaba íntimamente ligado al bienestar del pueblo de Dios que vivía en ella.²

² John B. Taylor, *Ezekiel: An Introduction and Commentary (Ezequiel: Introducción y comentario)*, Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1969), 227–28.

PROYECCIÓN DEL NOMBRE DE DIOS: RESEÑA HISTÓRICA (36.16–23)

[Lea 36.16–21.]

Versículos 16–17. Cuando todo estaba yendo bien a Israel, la nación desarrolló un engrimiento, un exceso de confianza, en el sentido de que esta tierra era su tierra por la eternidad. (En realidad, este parecía ser el propósito original de Dios; vea Génesis 17.8; 48.4.) Luego, ellos moraron [cómodamente] **en su tierra** (Ezequiel 36.17). Esta es una poderosa idea, en vista de que estas palabras se dijeron cuando el pueblo estaba en el cautiverio, morando en tierra ajena. El pueblo de Israel no había acertado a apreciar lo que tenía. Habían quebrantado repetidamente el pacto que obligaba a la nación a ser fiel al Señor. Una reseña de los **camino**s y las **obras** de ellos, indica que Israel hizo poco bien y mucho mal. Su conducta fue tal abominación para Dios, que Este la comparó con **inmundicia de menstruosa** (18.6; 22.10; Levítico 12.2–5; 15.19–30).³

Versículo 18. Una y otra vez, Dios detalló las razones por las que Israel perdió la tierra y fue llevada al cautiverio. No obstante, esta repetición fue necesaria por dos razones. En primer lugar, era importante que el pueblo alcanzara una plena comprensión de las razones por las que sucedió este desastre y regresara humildemente a Dios en obediencia. Solo el darse cuenta de la gravedad de los pecados de ellos, y el aceptar la responsabilidad, les permitiría desarrollar el nuevo corazón que Dios deseaba que tuvieran. En segundo lugar, el hecho de que el pueblo fue sacado de la tierra, creó una falsa visión de Dios y del poder de Este. Cuando el pueblo fue derrotado, las naciones de alrededor atribuyeron debilidad e ineficacia al Señor. Era importante que se sanara la reputación de Dios.


Si bien los pecados de Israel eran muchos, las siguientes ofensas caen en las dos categorías que se dan:

1. ... **la sangre que derramaron sobre la tierra.** Por la tiranía, la dominación, la crueldad y la opresión, los ricos y los poderosos derramaron la sangre de víctimas inocentes (viudas, huérfanos y los pobres). ¡Hicieron esto a su propio pueblo!
2. ... **con sus ídolos [...] contaminaron la tierra.** Los profetas pintaron un espantoso

cuadro de corrupción, haciendo notar el amor del pueblo por la idolatría. Sobre todo monte alto y bajo todo árbol verde, se erigió un altar idólatra (Jeremías 3.6; 17.2). Los centros urbanos estaban asimismo inundados de ídolos (Jeremías 2.28; 7.17–18; 11.12–13; Ezequiel 6.6).

Versículo 19. La continua infidelidad de ellos, no le dejó a Dios más opción, que sacar al pueblo de su preciosa tierra. Esto no debía de haber sorprendido a Israel. Dios había dicho en el pacto mosaico, que Él haría esto (Deuteronomio 29.22–28; 30.18). Dios juzga a todas las personas **conforme a sus caminos y conforme a sus obras.**

Versículo 20. Debido a la necesidad de disciplina y castigo, Dios «les [esparció] por las naciones» (vers.º 19). ¿Aprendieron su lección? En las tierras de cautiverio, ¿desechó el pueblo de Israel sus ídolos para siempre? Tristemente, la respuesta es no. Antes, en el cautiverio, ellos **profanaron [el] santo nombre** de Dios. El ser llevados al exilio fue afrenta a la reputación de Dios. La repetición de la palabra «nombre» (cuatro veces en vers.ºs 20–23) es significativa. El nombre de Dios es «santo», esto es, único, exaltado, puro y grande. Debía haber sido el nombre ensalzado en medio de las naciones. No obstante, debido a la infidelidad de Israel, el nombre de Dios fue blasfemado. Las palabras de las naciones, relacionadas con Israel fueron dolorosas: «**Estos son pueblo de Jehová, y de la tierra de él han salido**». ¿Acaso fue incapaz el Señor de protegerlos? ¿Acaso fue incapaz de impedir que salieran? A los ojos de las naciones, Yahvé era un Dios pequeño, restringido a un lugar y carente de poder.

Versículo 21. Dios tenía **dolor** por su **santo nombre**. La palabra que se traduce por «dolor» es  (*chamal*), que significa «perdonar, soportar, ser responsable, ... tener compasión».⁴ La preocupación primordial de Dios aquí era con Su propio nombre, Su propia reputación. Si bien esto parece duro (como si no tuviera compasión por Su pueblo), era esencial que Dios restableciera Su propio nombre para poder reedificar a la nación. Había de tener compasión por Su propio nombre primero. Solamente entonces podía Él reedificar

³ Vea David Kimchi, notas sobre Ezequiel en la Rabbinic Bible (New York: Columbia University Press, 1929), 212.

⁴ Francis Brown, S. R. Driver y Charles A. Briggs, *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament (Léxico hebreo e inglés del Antiguo Testamento)* (Oxford: Clarendon Press, 1972), 328.

a la nación de Israel. John B. Taylor dijo:

La doctrina que se expresa en la frase *me preocupó mi santo nombre* (21, RSV), representa la suprema humillación para el pecador. No hay consideración para con este, ni respeto a sus sentimientos, ni amor por él como ser humano. Está condenado por sus pecados, y renuncia a todo derecho sobre Dios. Es simplemente un peón sobre el tablero de ajedrez del mundo, en el cual, la preocupación primordial de Dios, es que todos los hombres y las naciones conozcan que Él es el Señor. Expresarlo de este modo con toda la crudeza posible, puede parecer severo y contradictorio al cristianismo, pero es un aspecto de la verdad de Dios tal como se revela en el Antiguo Testamento. Es el aspecto que subyace en la aseveración de Pablo en Romanos 5.8: «Siendo aún pecadores...». No teníamos derecho sobre Dios, éramos Sus enemigos, éramos incapaces de hacer algo para salvarnos a nosotros mismos; pero Dios actuó para realizar salvación. Al hacer esto, Él demostró Su amor para con nosotros, y para con todo el mundo. Sin embargo, la humillación de la doctrina de Ezequiel se necesita primero, con el fin de que podamos apreciar la sublime gracia de Romanos 5.⁵

A estas alturas, El nombre de Dios estaba siendo **profanado**. Esta palabra (חָלַל, *chahal*) puede significar «contaminar, impurificar o profanar».⁶ La palabra se usa de este modo más de treinta veces en Ezequiel, con la obvia intención de recalcar un importante mensaje del libro. El pueblo había cometido un grave pecado, siendo el más destacado el daño causado al santo nombre de Dios. En una maravillosa sección, 20.9–14, Dios declaró que Él había demorado el derramamiento de su ira sobre Israel durante el éxodo de ellos de Egipto por amor de su nombre. No deseaba que Su nombre fuera profanado por otras naciones. El capítulo 39 declara que ya no permitiría más la profanación de Su santo nombre. Él castigaría a Israel, haciendo de Su pueblo una demostración pública a los ojos de las demás naciones.⁷

[Lea 36.22–23.]

Versículo 22. Dios dijo: «**No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre**». Él habría preferido consolidar Su nombre entre las naciones por las acciones justas

⁵ Taylor, 230–31.

⁶ Brown, Driver, and Briggs, 320.

⁷ Un buen estudio de este tema se da en W. Dommerhausen, «», en *Theological Dictionary of the Old Testament*, ed. G. Johannes Botterweck and Helmer Ringgren, trad. David E. Green (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1980), 4.410–17.

de Su pueblo, pero no le dieron esa oportunidad. Por lo tanto, Dios tuvo que actuar por su propio bien; no porque Israel mereciera algo, sino por Su **santo nombre**. Dios estaba diciendo, en otras palabras, lo siguiente: «Ustedes han causado muy serio daño a mi reputación, ahora debo repararla». Él planeaba hacer esto por medio de restablecer a Israel en la tierra. Esta era una tremenda bendición para Israel, y que nadie merecía.⁸

Versículo 23. El **grande nombre** de Dios ha sido hecho pequeño e insignificante a los ojos de las naciones. Su nombre había soportado el ridículo, la burla, los insultos y la blasfemia. Ahora era el momento de santificar el nombre que Israel había **profanado** (una palabra que se usa cinco veces en vers.^{os} 16–23). ¿Por qué era tan importante esta santificación?

En primer lugar, la verdad es importante. Dios es el único Dios, el todopoderoso Dios del universo. Otras naciones necesitaban darse cuenta de esta verdad. Ellas pensaban que Él no era más que un dios local, cuya eficacia se restringía a la tierra de Israel, y que no era muy eficaz allí.

En segundo lugar, Yahvé busca ser el Dios de todos los pueblos. Estas naciones jamás se volverían a Él mientras tuvieran esta visión mancillada de él. Israel no había hecho realidad la glorificación de Su nombre, sino que había hecho lo contrario. Debía haber llevado a la gente a Dios; en lugar de esto, alejaron a la gente de Él. Dios deseaba lo que siempre había deseado: ... **y sabrán las naciones que yo soy Jehová.**

En tercer lugar, Dios deseaba ser **santificado** delante de los ojos de Israel y de las naciones. Su propio pueblo tenía una falsa visión de Él. Necesitaban volver a aprender la verdad. Dios usaría el

⁸ «A Dios le interesaba tanto que Israel fuera restablecida en una relación apropiada con él, que envió a su pueblo fuera de la Tierra Prometida, de modo que pudiera aprender la importancia de seguir Sus caminos. Los caminos de Dios son siempre los mejores; pues Él, el Creador de la vida, conoce la mejor manera como la vida puede vivirse. Pero al disciplinar a Israel de este modo, el Señor puso en riesgo su propia reputación en el mundo. En el Cercano Oriente, una nación estaba ligada de modo muy especial a su tierra. Si un pueblo era obligado a salir de su tierra, fuera por conquista, por hambruna, por enfermedad o por la razón que fuera, esto era una demostración de que su dios no era lo suficientemente poderoso para protegerlos y cuidar de ellos. Por lo tanto, cuando Dios esparció a Israel entre las naciones, estas percibieron que el Dios de Israel era débil; siendo profanado, de este modo, el nombre de Jehová en medio de ellas» (Ralph H. Alexander, “Ezekiel” [“Ezequiel”], en *The Expositor’s Bible Commentary*, ed. Frank E. Gaebelein [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1986], 6:920).

castigo infligido sobre Israel como trampolín para rescatar Su reputación. Taylor dijo:

Para Israel debió de haber sido muy difícil aceptar esta función, y la única insinuación de que algunos en Israel eran capaces de aceptarla, ha de encontrarse en el llamado Cánticos del Siervo de Isaías 40—55, donde Israel como Siervo del Señor cumple la misión de Este en medio de los gentiles por medio del sufrimiento. [Esto, por supuesto, no agota la interpretación de estos cánticos (v.g. Isaías 42.1-4; 49.1-6; 50.4-9; 52.13—53.12), pues tienen fuertes connotaciones mesiánicas; sin embargo este es un elemento que no debe pasarse por alto en el deseo de verlas únicamente como prefiguración de Cristo.] La iglesia también halla que es una función difícil de aceptar, pero en una era cuando el poder de Dios es muy demasiado a menudo desacreditado, a causa de las fallas de Su pueblo, la iglesia necesita prepararse para ser tratada con dureza por causa de la mayor gloria de Dios en el mundo.⁹

DIOS PROMETE PURIFICAR A ISRAEL (36.24—32)

[Lea 36.24—32.]

Versículos 24—30. ¿Cómo había de vindicar Dios Su nombre? No sería por medio de un gran espectáculo de demostración de poder, como hizo por medio de las plagas lanzadas sobre Egipto (Éxodo 7—11); no por fuego del cielo, como hizo por medio de Elías (2º Reyes 1.9—15). Se haría por medio de llevar a Israel de vuelta a su «propia tierra». Note la progresión de lo que Dios dijo que haría:

«... yo [...] os recogeré [...] y os traeré a vuestro país» (vers.º 24). Era una vergüenza para el pueblo de Dios no estar en la Tierra Prometida de Dios. Les desacreditaba y profanaba Su nombre. La reputación de Dios solo podía ser restaurada si el pueblo volvía una vez más a vivir en Israel.

«Esparciré sobre vosotros agua limpia» (vers.º 25). Una restauración física de la tierra, sin una renovación espiritual, no tendría valor. El pueblo tenía que ser limpiado. Esta limpieza comenzaría con perdón y luego sería seguida por medio de «[hacer] frutos dignos de arrepentimiento» (vea Lucas 3.8) por medio de vivir de conformidad con el pacto divino. Las imágenes de esparcir agua se refieren a los lavamientos ceremoniales que eliminaban la inmundicia de ellos (Éxodo 30.17—21; Levítico 14.52; Números 19.17—19; Salmos 51.7; vea Tito 3.5—6; Hebreos 9.13, 19; 10.22). Como

sacerdote que era, Ezequiel habría sido adiestrado en el método de limpiar a una persona inmunda; sin embargo, esto se refiere a una limpieza divina, no a un lavamiento ceremonial. Como profeta que era, Ezequiel tenía el privilegio de anunciar la limpieza divina de un pueblo no santo. Este pecado no podía ser quitado por sacrificio animal alguno; exigía una acción directa de Dios.

«... y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré» (vers.º 25). La limpieza produjo el perdón de sus caminos idólatras y exigían la remoción permanente de los ídolos.

«Os daré corazón nuevo» (vers.º 26). El antiguo corazón estaba desesperanzadamente corrompido por el pecado. Del mismo modo que David pidió a Dios que «[creara en él] un corazón limpio» (Salmos 51.10), también Israel necesitaba esta nueva creación. (Vea el comentario sobre 16.30.) Al decir que ellos recibirían un nuevo corazón, Dios estaba declarando una mente o intelecto renovados, así como una restauración emocional. Del corazón «mana la vida» (Proverbios 4.23); si el corazón no se mantiene, se llevará (fluirá) lejos del Señor.

«... pondré espíritu nuevo dentro de vosotros» (vers.º 26). El espíritu es la fuerza vital del individuo. Es lo que lo impulsa, motiva y gobierna.

«... quitaré de vuestra carne el corazón de piedra» (vers.º 26). El pueblo se había vuelto obstinado, terco y rebelde. Los corazones de ellos se habían vuelto totalmente insensibles a la voluntad de Dios; sus oídos estaban sordos a los clamores de Este.

«... os daré un corazón de carne» (vers.º 26). Ahora el pueblo sería sensible, tendría vida y estaría alerta a la palabra del Señor (11.19). Serían capaces de sentir Su dolor cuando le desobedecieran y de comprender Su gozo cuando le sirvieran. Suponer que los israelitas no podían convertir su corazón de carne en uno de piedra equivaldría a malentender cómo opera Dios en este mundo. El primer corazón era de carne, pero ellos lo arruinaron. Si se volvían a la vida pecaminosa, también podían endurecer este corazón.

«Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu» (vers.º 27). Esta frase se ha interpretado de dos maneras. En primer lugar, puede referirse al derramamiento del Espíritu Santo, tal como lo profetizó Joel (Joel 2.28—29) y se cumplió en Hechos 2 (vea Isaías 42.1; 44.3; 59.21; Hageo 2.5; Joel 3.1—2). En segundo lugar, puede referirse a un acto por el cual Dios daba al pueblo un espíritu o actitud

⁹ Taylor, 231.

como la de Él. Este no habría sido un evento milagroso, sino providencial, como podía haber ocurrido por medio de la disciplina de Dios y la obra de los profetas. En vista de los resultados que se producirían a raíz de que se diera de este espíritu (el pueblo andaría «en [Sus] estatutos» y guardaría «[Sus] preceptos»), parece que lo mejor es adoptar la segunda interpretación (vea también 37.14; 39.29). Dios era fiel a Su pacto; al tener este mismo «espíritu», el pueblo se comprometería con igual fidelidad. (Una profecía parecida se da en Jeremías 31.31–34.)

«... **haré que andéis en mis estatutos**» (vers.º 27). Una vez que el pueblo recibiera el «espíritu de Dios», ellos tendrían un renovado entusiasmo por las leyes de Dios. El que crea que en esta sección se enseña la predestinación, no está captando el fluir del texto y la verdad que ya se estableció en el capítulo 18. Dios se proponía crear un entorno que animaría a la fidelidad a sus «estatutos» y «preceptos». ¿Se glorificaría Dios si al pueblo se le *hiciera* obedecerle, en lugar de que este eligiera obedecerle de su propia voluntad? ¿Por supuesto que no! Dios no desea títeres; Él desea corazones que lo amen y de buena gana lo obedezcan.

«**Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres**» (vers.º 28). La tierra que se prometió a Abraham y fue después dada a los israelitas en los días de Josué, volvería a ser de ellos otra vez. A veces las elecciones que hace la gente, producen consecuencias desastrosas para toda una vida. En este caso, Dios permitió que los pecados de Judá tuvieran consecuencias que serían solamente temporales. Los ancianos que recordaban la antigua gloria de Jerusalén, lloraron cuando vieron el nuevo comienzo que Dios estaba dando a Su pueblo (Esdras 3.12).

«... **yo seré a vosotros por Dios**» (vers.º 28). Israel había abandonado a Dios cuando aún vivía en la tierra, y esto hizo al dejar de adorar a Este, para adorar a otros dioses conocidos en Asiria, Babilonia, Egipto, Moab y Amón. Al volver a la adoración del verdadero Dios, a diferencia del abominable politeísmo que habían practicado, Dios podía declarar: «... **y vosotros me seréis por pueblo**». Dios no reclama como Suyos a los que adoran a otros dioses y por esta razón son infieles a Él.

«**Y os guardaré de todas vuestras inmundicias...**» (vers.º 29). El pueblo se había hecho inmundo por derramar sangre y por su idolatría. Una vez que las inmundicias fueran quitadas, ellos serían salvos. El bautismo provee el mismo resultado bajo el nuevo pacto: Antes de este,

somos inmundos, muertos en pecado. Después del bautismo, somos nuevas criaturas, lavados y declarados limpios por el Señor (2ª Corintios 5.17; Tito 3.5; 1ª Pedro 3.21).

«... **llamaré al trigo, y lo multiplicaré**» (vers.º 29). Esta aseveración que recuerda la promesa del versículo 11, vuelve al tema de la tierra bendita y productiva. La tierra respondería cuando Dios llamara, mandándole que fuera productiva (vea Jeremías 31.12). Sería algo parecido a lo que se hizo en la creación (Génesis 1).

«... **y no os daré hambre**» (vers.º 29). El castigo de Dios sobre Israel incluyó que la tierra fuera diezmada por plagas y hambrunas. Otras naciones comentaban frecuentemente sobre la esterilidad de Canaán (vea 5.14–15).

«**Multiplicaré asimismo el fruto de los árboles, y el fruto de los campos**» (vers.º 30). Dios no estaba prometiendo productividad marginal, sino cultivos abundantes. La tierra improductiva había sido motivo de **oprobio** para Israel, lo cual afectó su reputación en medio de las naciones. La tierra respondería al mandamiento de Dios al producir en una medida que superaría lo que el pueblo había soñado.

Versículo 31. Al recibir estas quince bendiciones, los israelitas responderían de tres maneras. Dios describió estas reacciones:

«... **os acordaréis de vuestros malos caminos**». La única manera de que el pueblo evitara volver a una vida de pecado era «recordar». Uno de los problemas de Israel era la incapacidad para recordar cómo era la nación antes que Dios «entrara en pacto» con ella (vea 16.8, 22). En 16.60–63, Dios quiso que el pueblo recordara de modo que se avergonzara y ya no cometiera más las abominaciones.

«os acordaréis [...] **de vuestras obras que no fueron buenas**». Las obras de ellos no fueron buenas en el sentido de que no fueron saludables para el bienestar espiritual y material de la nación. Dios había prometido que Sus leyes eran para el beneficio de ellos (Deuteronomio 6.24; 10.13; 30.9).

«... **os avergonzaréis de vosotros mismos**». Al recordar el pasado y la forma tan extraordinaria como se sumió en la iniquidad, Israel no se sentiría bien consigo misma. El pensar en su propia maldad, en contraste con la bondad de Dios, a quien había rechazado, resultaría en un alto grado de repudio de sí misma (vea 20.43). No obstante, este aborrecimiento de sí misma, daría buenos resultados: Israel aprendería de ello y cultivaría un aprecio por Dios, del cual había carecido anteriormente.

Versículo 32. Dios dijo: «**No lo hago por vosotros**». Su bondad y Sus bendiciones eran inmerecidas. Los israelitas eran los afortunados receptores de la determinación que tomó Dios de exaltar Su nombre en medio de las naciones. Saber que estaban recibiendo este inmerecido beneficio, debía hacer que se avergonzaran y se cubrieran de confusión. ¿Por qué? Por causa de las **iniquidades** de ellos. Dios no debía haber tenido que tomar tales medidas para proteger Su santo nombre.

DIOS REEDIFICA LA NACIÓN Y VUELVE A POBLAR LA TIERRA (36.33–38)

[Lea 36.33–36.]

Versículos 33–34. Se vuelven a enumerar los beneficios que resultan de ser purificados por Dios. Dios convertiría las ciudades desiertas en ciudades florecientes otra vez. Los campos y viñas sin cultivar se volverían a sembrar y a reconstruir. Los viajeros que pasaban por la región se habían quedado horrorizados al contemplar cuán **asolada** estaba la tierra; pero cuando los israelitas volvieran, hallarían que estaba creciendo y siendo **labrada** (vers.º 34).

Versículos 35–36. Los viajeros que recordaran cómo había estado la tierra anteriormente, se impresionarían con el cambio, al comparar su hermosura y productividad con estas mismas características del huerto del Edén (vers.º 35; vea Isaías 51.3; Joel 3.18; Amós 9.13–15). La triple descripción que hace Ezequiel del estado en que se encontraban las ciudades en ese momento, es vívido: **desiertas y asoladas y arruinadas**. Los babilonios no solamente habían despoblado las ciudades, también las habían saqueado y quemado, y habían derribado sus muros. La reedificación sería un proyecto de grandes proporciones; si alguien lo intentaba, los babilonios oirían acerca del esfuerzo y responderían con el propósito de detenerlo. No obstante, estas ciudades serían **fortificadas y habitadas**; y **las naciones** sabrían que fueron reedificadas a causa de las bendiciones de Dios (vers.º 36). Esta predicción es literal (a diferencia de la descripción apocalíptica de 38.11); pues cuando los exiliados volvieron, ellos, de hecho, volvieron a fortificar sus ciudades (Nehemías 6.15–16).

[Lea 36.37–38.]

Versículo 37. Dios no había estado escuchando

las oraciones de Israel, pues ellos habían apartado sus oídos de la ley (vea Proverbios 28.9). Esta no era la relación que Dios deseaba con Sus hijos; Él deseaba oír y responder sus oraciones. Ahora Él los escucharía, y los multiplicaría.

Versículo 38. Miles de animales serían traídos a Jerusalén durante las **fiestas solemnes**. Esta es una vívida analogía de lo que Dios haría a las **ciudades desiertas**, que serían **llenas de rebaños de hombres**. Lo que a Dios más le importaba que quedara claro era esto: «... **y sabrán que yo soy Jehová**».

APLICACIÓN

Las consecuencias del pecado

Cuando alguien peca, son necesarios la disciplina y el castigo. Después de un período de disciplina, Dios demuestra compasión y perdón (36.9).

Dios provee numerosas bendiciones materiales a Su pueblo. No obstante, el comportamiento pecaminoso constante, puede obligar a Dios a quitar esas bendiciones. No somos sino mayordomos de los dones de Dios. El no usarlos apropiadamente hace que se manifieste Su ira (vea 2ª Corintios 8–9).

Las personas siempre han sido juzgadas por Dios conforme a las obras de ellas (36.19). El juicio final no será diferente. Cada individuo hará frente a Dios atendiendo únicamente a lo que hizo mientras estuvo en el cuerpo, fuera bueno o fuera malo (Eclesiastés 12.13–14; Juan 5.28–29; Romanos 2.6; 2ª Corintios 5.10; Apocalipsis 20.11–13).

A Dios le preocupa cómo se le percibe en el mundo. La mala conducta de Israel había causado que fuera profanado el nombre de Dios (36.21). Pablo criticó a los judíos, diciendo: «... el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros» (Romanos 2.24; Isaías 52.5). Hoy, la reputación de Dios, y de Cristo, se sustenta en el comportamiento de Su pueblo. Como cristianos que somos, hemos de esforzarnos por ser santos como Él es santo (1ª Pedro 1.14–16; 2.12).

Es provechoso recordar nuestro pasado y nuestros pecados. Aunque hayan sido perdonados, y nosotros deberíamos perdonarnos a nosotros mismos, debemos recordarlos con el propósito de aprender, esto es, aprender a no cometerlos otra vez (36.31).

Denny Petrillo

Autor: Denny Petrillo

© Copyright 2003, 2007 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados